

Necrología de Eduardo Terrén Lalana

Eduardo Terrén Lalana, miembro del Consejo Editor de la Revista de la Asociación de Sociología de la Educación, falleció en las montañas de Panticosa, el 18 de julio de 2008

In memoriam Eduardo Terrén

Joaquín Giró Miranda*

Cuando mueren nuestros padres se dice que nos hacemos viejos, por que ya no queda ninguna generación ascendente que nos sirva de colchón estratégico en nuestras expectativas de vida. Por eso nos preparamos intelectualmente para ese devenir que hasta entonces cifrábamos en nuestros padres, como anteriormente sucedió con nuestros abuelos y así generación tras generación.

Sin embargo, al día de hoy, cuando disfrutamos de un aumento de la esperanza de vida, de bienestar material, de una salud relativamente buena, hacernos viejos no implica cambiar nuestra actitud hacia la vida, ni prepararse para la muerte, pues, pese a no ser tan jóvenes, nos dedicamos a vivir la vida con la intensidad que nos permite el deseo y la pasión. Y vivir la vida con pasión es a lo que se dedicaba Eduardo cuando la perdió del modo más azaroso e inesperado. La muerte de Eduardo ha sido un mazazo despiadado, un golpe a la razón vital de quien es joven y representa un proyecto de futuro; porque Eduardo con independencia de sus

* Universidad de La Rioja.

años era de un espíritu rabiosamente joven, que contagiaba a quien tenía la oportunidad de disfrutar de su compañía.

Recuerdo una conversación con Eduardo en la que indicó dos actividades que le permitían sentirse regenerado, revitalizado. Una era cortarse el pelo y la otra donar sangre. Sentía que en esta renovación biológica de cabello y la sangre se resumía una especie de renacer, como el que se quita la mugre con jabón o se desviste de la ropa de trabajo. Él, que renacía periódicamente con estas sencillas maniobras corporales, hoy no puede renacer de sus cenizas. Yo quisiera creer en algún tipo de reencarnación para pensar que aún podemos encontrarnos en algún lugar visible y material; y puestos a soñar te daría una forma universal, como la tierra o el agua, aunque tampoco me importaría que renacieras como parra y uva, y con tu mosto alegraras nuestra existencia una vez más. Por que Eduardo era pura energía que derrochaba en alegrar la vida de los que le rodearon y acompañaron. Por eso, no se si soy el más indicado para recordar a Eduardo, por que participaba de su amistad más en la distancia, a través del móvil y el correo, que en la proximidad cotidiana desde que nos conocimos allá por 1997, si bien es cierto que las contadas ocasiones en que nos vimos, mantuvimos una relación intensamente amistosa.

Eduardo, de sonrisa fácil, era un artista de la ironía. Señalaba tus virtudes o tus defectos, tus carencias o tus excesos, y nunca se cebaba en tus miserias, sino que arrancaba de ti una sonrisa igualmente divertida y cómplice. Además, Eduardo era un deportista consumado, un andarín y corredor, y por eso le recuerdo en dos ocasiones, no por diferentes igualmente evocadoras del mutuo interés por el gasto de suela y calzado (a la postre me llamaba zapatones).

Al poco de conocernos coincidimos en que no había ciudad que no hubiéramos conocido en toda la extensión que nos proporcionaba andarla, pasearla o caminarla, con paso lento o rápido, y deteniéndonos para posar nuestras miradas en los perfiles artísticos de sus edificios o de sus mujeres, siempre con el ánimo curioso y observador.

Pues bien, recuerdo que en una invitación que le hice para participar en unas jornadas sobre educación e invisibilidad social (no diré nada sobre sus excepcionales trabajos acerca de la escolarización de menores hijos de inmigrantes, pues todos conocemos algo de su faceta investigadora), llegó entonces desde A Coruña en el tren expreso o rápido, no me acuerdo ahora cual era el más lento, a Miranda de Ebro, donde fui a recogerle porque tenía el pie no se si dislocado, hinchado o vendado; el caso es que no podía andar ni conducir (todas las semanas, por entonces, viajaba desde A Coruña hasta Madrid, par ver a su mujer Elia y a sus hijos), y para un andarín, para alguien a quien moverse es consustancial, resultaba paradójico verlo inmovilizado y viajando en el medio lento, lentísimo del tren español.

Y recuerdo otra ocasión, aquella en que fuimos como miembros de un tribunal a Lleida y tras disfrutar de la noche anterior (qué buenas y gratas noches en tu compañía), y disponernos a dormir hasta la hora de la cita, saliste con aquello de “he traído las zapatillas para correr antes del desayuno, y me he fijado en el paseo verde junto al río”. Yo le contesté que ni hartito vino me levantaba a correr, y que si estaba loco no diera tantas muestras públicas o acabaría encerrado. Al día siguiente no se calzó las zapatillas y corrió, no por mis escasas dotes de convencimiento, si no porque una densa niebla se lo impidió.

Así era Eduardo en su faceta deportiva, un completo amante de lo físico, de la vida y del bienestar bien entendido, pues también compartíamos el gusto por la mesa y el buen yantar en todas las modalidades regionales o nacionales, aprendiendo de otras culturas cuanto ofrecían en sus fogones, aunque no por eso despreciaba el bocadillo si se terciaba o acuciaba el hambre.

Eduardo tenía todos los méritos para vivir una larga vida, porque él amaba la vida y disfrutaba de la vida. Por eso, esta profunda decepción por que la vida sea única y no permita otra, ni permita alternativas o elecciones ocasionales. Por que además esté sujeta al azar y a la imprevisión. Por que no atienda nuestras demandas y deseos, ni la de los demás. Por que se trunque sin aviso. Por que sea egoísta e insolidaria, pero, sobre todo, por que nos deje huérfanos del amigo, esposo, padre y hermano que tanto quisimos.

Eduardo amigo, descansa en paz.